

Leer y vivir

por **Enric Cassany***

En el siguiente artículo, el autor aventura algunos argumentos que podrían justificar, en última instancia, la necesidad o la conveniencia de leer obras de imaginación. Para ello, relaciona el leer con el vivir, los libros con la vida y, aunque advierte que no hay que sacralizar el hecho de la lectura, se reafirma en la creencia de que la lectura puede tener una gran importancia en la vida de las personas. «El lector de verdad —asegura el articulista— se mueve por un principio ético que es la búsqueda de la felicidad, o de más felicidad.» Leer nos ayuda, además, a conocernos más, a conocer mejor el mundo que nos rodea, a entender los signos de nuestro mundo cultural, etc. En definitiva, el libro nos hace libres.



Me piden que hable de la importancia de la lectura de obras de imaginación para niños y jóvenes, lo que no sabría hacer sino en clave divagatoria. Divagaré, pues, sobre el papel de la lectura en estas edades y, de paso, hablaré también del papel que, en este asunto, parece que corresponde a aquellos que tienen alguna responsabilidad en la orientación de la lectura.

Del encargo recibido deduzco que mi disertación debe procurar alguna justificación última acerca de la necesidad o de la conveniencia de leer. Si se trata de eso, no me queda más salida que relacionar el leer con el vivir, los libros con la vida, ya que si la lectura no sirve para la vida, se convierte en una actividad inane, como tantas otras que practicamos mientras respiramos. El lema de esta divagación podría ser «Leer y vivir», y no «Leer como vivir», que es una idea romántica que no respeta la autonomía de las partes, y que, si es bueno para alguien, sin perversión, debe ser para aquellos que tienen más de sesenta años. Una cosa es leer y otra es vivir, y es por accidente o por la gracia de los dioses (o por la finísima y persuasiva inducción de alguien como ustedes), por lo que una y otra llegan a necesitarse.

¿Por qué leer?

Desgranar esta aseveración nos llevaría muy lejos. Digamos nada más, para justificar la clásica distinción de las partes, que la vida es experiencia acumulativa, sometida al accidente, al azar, gobernada difícilmente por la voluntad, a menudo en lucha contra lo imprevisto; mientras que la literatura es experiencia formalizada, sometida al yugo del símbolo, ofrecida como cosa conexa y, de una forma u otra, *entendida*. Mejor dicho: la literatura siempre necesita la vida —en un sentido general—, mientras que la vida puede elegir, para nutrirse, de la



literatura. Quizá por ello —para ir contra lo imprevisto, para ayudarnos a vivir de manera más racional y libre— acudimos a la lectura.

Para hacer esta aseveración, que puede parecer una barbaridad, consideraremos, primero, algunos hechos:

—En el altar de nuestros idolillos culturales, todavía está la lectura. Aquel que lee puede aspirar a tener un cierto crédito como persona civilizada, y una cierta aureola de respetabilidad, sobre todo a los ojos de la buena gente iletrada. Sin embargo, algo debe suceder cuando la lectura no es sentida, dentro del sistema general de la cultura, o del consumo cultural, como una necesidad. (No tengo esta-

dísticas que, por otra parte, son impropias de una divagación como ésta.)

—Aún se reconoce que la lectura puede tener una gran importancia en la vida de la gente. Si aceptamos que es así, no será necesario que empleemos argumentos en defender esta premisa. Es mejor que la tomemos como un hecho y que consideremos como locos a aquellos que osen ponerla en duda. Sin embargo, pero, conviene no sacralizar el hecho de la lectura.

—Es un hecho incontestable que hay gente razonablemente feliz e inteligente (es decir, que entienden el mundo, aunque sea el suyo propio, que no es poca cosa) y no leen o leen poco. También hay gente que lee mu-



mete algo personal en la lectura, alguien que se juega alguna cosa, alguien que no puede practicar este juego sin *interés*.

Edificar la curiosidad

Un lector (y está claro que no entendemos por lector al que lee, porque leer es simplemente la condición para ser lector) evidentemente no nace, sino que se hace. ¿Cómo se hace? Dejemos al margen la importantísima cuestión de la adquisición del instrumento, que nos movería a reflexiones sobre cómo no se ha de hacer (desatendiendo el sentido), y que nos conduciría finalmente a la conclusión de que es la casualidad la que hace al lector, porque es la casualidad de haber tropezado con *el sentido que interesa* lo que permite adquirir la habilidad y edificar la curiosidad. Déjmoslo aparte, aunque es una cuestión que interesa y preocupa a todos los profesores de Lengua y a todos los programadores de lectura. Limitémo-

temporal, sino por jerarquía) es la vida, algo de la vida, de la persona; algo relacionado con la curiosidad, con la sed de conocimiento de uno mismo o del mundo. Ello no quiere

decir que el *conocer* o el *conocerse a sí mismo* sean condición reflexiva que el lector se impone para la lectura. Afortunadamente, la gente elige la lectura o ejerce de lector de manera mucho más adventicia. Ni el más conspicuo de los preceptos conseguiría que la vida acabara desbaratándole las cartas, desprogramando el plan de lecturas de su discípulo más obediente. Calvino anota en un libro reciente, cómo las lecturas de juventud pueden ser poco provechosas por la impaciencia, la distracción, o la inexperiencia sobre las instrucciones de uso. Sin embargo, todo aquello que se aprende en ellas sigue actuando, aunque de los libros leídos en la juventud poco o nada se recuerde. En todo caso, el lector es alguien que compro-

cho y es un perfecto idiota, en el sentido etimológico de la palabra. Si la lectura es sagrada, lo es porque puede ser útil para la vida. «Útil para ser mejores.» Dicho de otra manera, si hay algo sagrado, es la vida en su conjunto, en su plenitud —o una vida que aspire a la plenitud— y, de ninguna manera, un acto a ella sometido. Por lo tanto, por puro instinto ético, haremos bien en no emprender defensas de la lectura deterministas o solemnes.

Podemos, pues, confiar discretamente en aquellos que tienen relación con la formación de lectores, si los vemos ilimitadamente confiados y profundamente humildes frente a la importancia de la lectura.

En este asunto del leer, lo que primero cuenta (primero, no en sentido



nos a proponer una respuesta genérica a aquella pregunta sobre cómo se hace un lector; respuesta que puede obedecer a estrategias diversas, pero que, en mi opinión, ha de estar orientada por una sola convicción.

Esta convicción es la de que la lectura de obras de imaginación sirve para la vida, y que un lector de verdad (no puramente funcional, no instrumental) se mueve por un principio ético que, dicho aproximadamente, es la búsqueda de la felicidad. Esta afirmación puede parecer grave o hiperbólica (no me excusaré, porque no es mía) y, sin duda, si hiciésemos una interpretación rasa, invitaríamos a pensar que en el leer está la felicidad (cuando todo el mundo sabe que está en el dinero). De hecho, sólo quiero decir que, junto a las lecturas que se puedan hacer con sentido de utilidad directa o inmediata, el único sentido de la lectura gratuita es la búsqueda de más felicidad. Fernando Savater afirma, con una frase de regusto nietzschiano, que «se lee para encontrar sentido a nuestra presencia en el mundo y para confirmar nuestra alegría de estar en él».

Por cierto, la buena fe anarquista asociaba la lectura con la libertad, en el sentido más radicalmente personalizado de la palabra. Esta idea de que sin instrucción no hay vida personal libre y plena, no era sino la destilación de una conquista irreversible de la civilización occidental.

Seguramente, estas consideraciones no son ajenas a todos aquellos que tienen algún papel en la educación del lector. Diré por boca de otro, lo que por la mía resultaría altisonante, a propósito del potencial educativo de la literatura de imaginación. Bruno Bettelheim, en *The uses of enchantment*, su famoso libro sobre los cuentos de hadas, revisa su experiencia de educador y terapeuta de niños con graves perturbaciones, en un intento por descubrir cuáles son las experiencias más adecuadas, en la vida del niño, para promover la capacidad de



encontrar sentido a su vida, y para dotar de sentido a la vida en general. En esta tarea, el papel de los padres y de los que cuidan del niño es lo más importante; en segundo lugar, está nuestra herencia cultural, si se transmite al niño de forma adecuada. Cuando el niño es pequeño —nos dice Bettelheim—, la literatura es la que aporta mejor esta información. De ahí la cruzada de Bettelheim contra la falsa literatura, que es aquella que el niño conoce o lee sin que tenga sentido para él, y sin que añada algo importante a su vida.

El libro o la otra visión del mundo

Por muchas dudas que tengamos acerca de las estrategias que la han de hacer virtual, no podemos negar el extraordinario potencial educativo, *edificador*, de la lectura literaria. ¿Qué otra realidad, que no sea la lectura literaria, tiene el poder instantáneo de desvelar el amor a la aventura mental, el sentido de los mundos que hay que conquistar por obra del pensamiento y la imaginación? Las palabras anteriores son de Bertrand Russell, un reformista algo quimérico de educación, pero de quien podemos observar la lección profundamente humanista, aquella actitud de reverencia frente al niño, no como objeto a moldear, sino como una cosa sagrada, in-

definible, ilimitada, como una realidad individual extrañamente preciosa: «El principio progresivo de vida, un fragmento incorporado de la lucha silenciosa del mundo» (*On Education*).

Lo que hay en el leer es, pues, según cómo, no poca cosa:

—Hay la posibilidad de saber y confirmar quiénes somos. Naturalmente, hay quien lee y no se conoce, ni gana objetividad, que es la única forma de vida inteligente, venga de la lectura o no. Confrontar la experiencia propia con la experiencia de otros, adquirir experiencia cuando entendemos la del otro, confirmar la intuición del mundo con la visión del mundo que nos ofrece el libro, y comprender la relatividad de todo esto, permite objetivar.

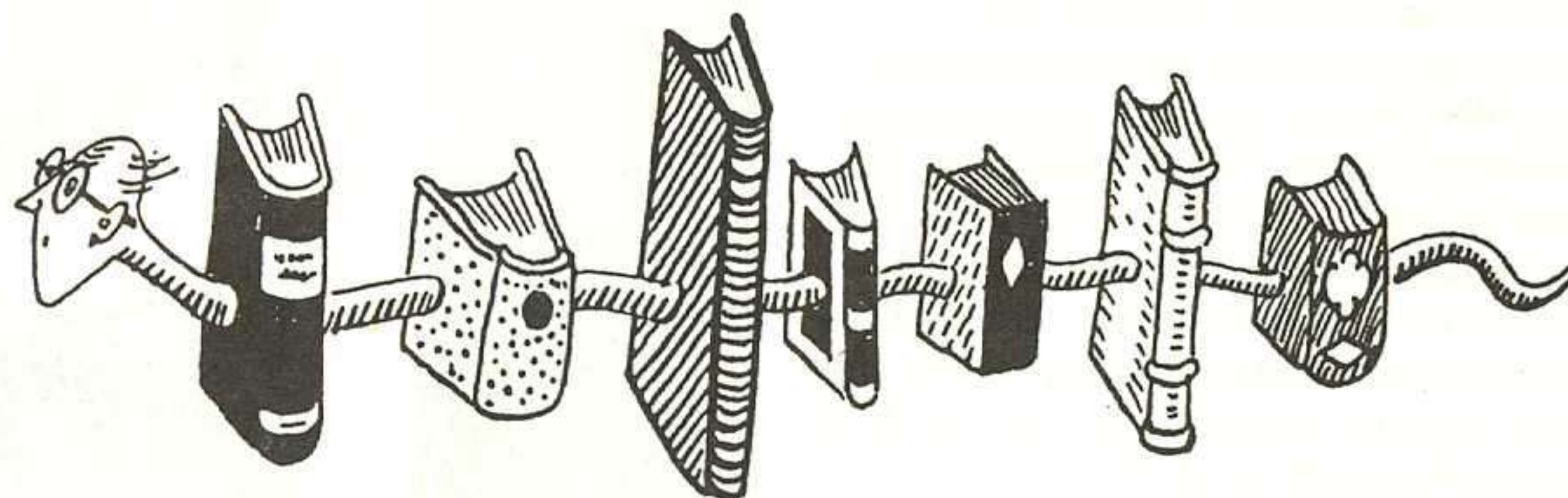
—Existe la posibilidad de crecer moralmente, de progresar. No sólo en el sentido acumulativo de conocimiento práctico, sino en el más perdurable y decisivo de la adquisición de más experiencia para más libertad, y la libertad se funda en la elección.

—Existe la posibilidad de ser con los otros, de compartir un fondo común de memoria y experiencia colectivas, preservado por la tradición y renovado en cada acto de lectura, ofrecido —como decía el poeta— como una patria.



La virtud de la lectura

Justificar estas afirmaciones requiere más espacio del que dispongo, y quizás esperaban que diera orientaciones prácticas y no consideraciones, que pueden parecer hiperbóreas, sobre la utilidad de la lectura de obras de imaginación. Vayan, en compensación, algunos consejos prácticos para la propaganda o la orientación de la lectura que ofrezco de manera gratuita (es decir, sin ninguna autoridad para darlos):



—No amilanarse frente a la pretendida inferioridad de la lectura en el mundo de hoy. Preservar el principio de la lectura frente a los poderosos mensajes culturales procedentes de otras vías. Una cosa es tener poder y, otra, tener virtud.

—Pensar que la virtud del leer no tiene nada que ver con la cualidad de mirar, sino más bien con la memoria (sin memoria no hay cultura), con la aprehensión inteligente, y con el disfrute no compulsivo. El libro nos hace libres, el *zapping* nos hace esclavos.

—Pensar en el acto de leer como en un diálogo. Calificar de autistas a los que no leen, porque se privan de entender los signos de su mundo cultural; signos que el libro no sólo almacena, sino que activa a cada nueva lectura y según cada nuevo lector.

—Entender la lectura como un hábito de vida, y no como una manera de mentirse la vida. Guiar la lectura preceptivamente (salvo en el caso de la adquisición de las habilidades que convienen al leer). Consentir el aparente poco provecho de la lectura en edades jóvenes, en la confianza de que modelos, contenidos, escala de valores, paradigmas de belleza dejarán una semilla y seguirán actuando.

—Confiar en que el hábito de la lectura se construye y se regula, pero sólo sobre la base de un interés real. Desconfiar, aunque relativamente, en los programadores de lecturas, sobre todo, si éstos desconfían de las posibilidades del lector.

—Recordar que leyendo se adquie-

re la lengua, que es el instrumento, aún y por siempre, más poderoso para dominar el mundo, para expresar aquello que somos, para conjurar aquello que no somos o aquello que nos es hostil. Si tenemos una lengua, también *nos tenemos*. Pero en este capítulo quizá también luchamos contra los elementos: díganme, si no, por qué se empecinan en hacer pasar la destilación de la lengua más exigente, la poesía, por una cosa más o menos *cursi*. ■

* Enric Cassany es profesor de Literatura Catalana en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Nota

Este artículo es la transcripción de la conferencia inaugural del Curso de Posgrado de Biblioteca Escolar, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, octubre de 1992.